

Exégesis y hermenéutica¹

Dra. Nuria Calduch-Benages

(Congreso Internacional de la Federación Bíblica Católica: «Palabra y Vida». Animación bíblica de la vida y de la misión de la Iglesia (VD 73). Experiencia y desafíos, Roma, 24 abril 2019)

Exégesis y hermenéutica son dos términos familiares para los especialistas en ciencias bíblicas.² En los ámbitos y documentos académicos se recurre constantemente a ellos para referirse al proceso interpretativo, ciertamente complejo, que la lectura de los textos bíblicos requiere. Por el contrario, es muy probable que para los no iniciados en este campo del saber dichos vocablos sean prácticamente desconocidos. De hecho, no pertenecen al vocabulario que la gente utiliza habitualmente en la vida cotidiana. Ahora bien, si en lugar de exégesis y hermenéutica, habláramos de estudio de un texto y actualización de su mensaje, estoy segura de que la dificultad antes mencionada quedaría automáticamente superada.³

El objetivo de mi relación no es hacer un estudio pormenorizado de estas disciplinas, lo cual supera en mucho nuestras posibilidades reales de tiempo y espacio. Más bien queremos ilustrar de forma sencilla y a través de ejemplos concretos en qué consisten la exégesis y la hermenéutica bíblicas, sus itinerarios respectivos, sus principales dificultades y, en definitiva, la estrecha relación que existe entre ellas. Intentaremos demostrar algo de lo que estamos plenamente convencidos: no existe contraposición entre exégesis y hermenéutica, puesto que son dos momentos de un único proceso interpretativo que no solo están íntimamente relacionados sino que se iluminan recíprocamente.

¹ Este texto es una versión reducida y con algunas variantes del artículo publicado en el *Boletín Dei Verbum*, núm. 108 (2018).

² Cf. B. MAGGIONI, «Exégesis bíblica», en P. ROSSANO – G. RAVASI – A. GIRLANDA (ed.), *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, adaptado a la edición española por el equipo de la redacción EP, Madrid, Paulinas, 1990, 620-632; P. GRECH, «Hermenéutica», en *ibidem*, 733-762 e IDEM, «Ermeneutica intrabíblica», en R. PENNA – G. PEREGO – G. RAVASI (ed.), *Temi teologici della Bibbia* (Dizionari San Paolo), Cinisello Balsamo (Milano), San Paolo, 2010, 415-423.

³ Recomendamos la lectura de H. SIMIAN-YOFRE, «Introducción: Exégesis, fe y teología», en IDEM (ed.), *Metodología del Antiguo Testamento* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 106), Salamanca, Sígueme, 2001, 13-26 así como las páginas 177-201 sobre hermenéutica y pragmática.

Empezaremos nuestro recorrido con unas observaciones de carácter terminológico. Luego nos ocuparemos de la relación entre exégesis y hermenéutica a la luz del Sínodo de la Palabra (2008) y de la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (2010) así como del proceso interpretativo y sus componentes principales. Concluiremos con un ejemplo de lectura hermenéutica o contextualizada.

1. Cuestiones terminológicas

La palabra «exégesis» deriva del griego *exégesis*, narración, exposición, explicación, comentario, interpretación que a su vez viene del verbo *exegéomai*, explicar, exponer, interpretar. A la luz de la etimología de este verbo, hacer exégesis significa interpretar un texto «sacando fuera» su significado.⁴ Esta es precisamente la tarea primordial de los exegetas, aquellas personas especializadas en el estudio de los textos bíblicos y su interpretación.

Muchos pasajes de la Biblia, en particular del Antiguo Testamento, resultan oscuros, extraños e incomprensibles.⁵ Su significado se esconde detrás de un lenguaje, unas formas literarias y unos parámetros culturales muy distintos de los nuestros. Para poder «entrar» en los textos y captar su significado, hace falta una llave, mejor dicho un manojo de llaves que los y las exegetas conocen al dedillo porque les han dedicado muchas horas de estudio y de sueño. Con ellas se abren infinitas puertas que conducen, por caminos distintos, al interior del texto, es decir, al corazón del mensaje.

La palabra «hermenéutica» también deriva del griego, exactamente del verbo *ermeneúo* que significa exponer, declarar, explicar, interpretar y también traducir de una lengua extranjera.⁶ De ahí también «hermeneuta», es decir la

⁴ Cf. B. MAGGIONI, «Exégesis bíblica», en o. c., 620.

⁵ J.L. SKA, «¿Cómo leer el Antiguo Testamento?», en *Metodología del Antiguo Testamento*, 27-42; N. CALDUCH-BENAGES, «Le pagine ‘oscure’ della Bibbia», in Carmen APARICIO VALLS – Salvador PIÉ-NINOT (a cura di), *Commento alla Verbum Domini*. In memoria di P. Donath Hercsick, S.I. (Theologia 4), Roma, GBPress, 2011, 85-94.

⁶ Cf. P. GRECH, «Hermenéutica», en o. c., 733.

persona que profesa la hermenéutica, y el adjetivo hermenéutico o hermenéutica. Dicho verbo griego corresponde al latín *interpretari*, del que provienen los términos utilizados en nuestras lenguas modernas: interpretar, interpretación, intérprete, interpretativo. Así pues, por hermenéutica se entiende el arte de interpretar textos y especialmente de interpretar los textos sagrados.⁷

Muchas veces la palabra hermenéutica es sinónimo de exégesis. Por lo que a la Sagrada Escritura se refiere, las dos palabras son intercambiables hasta el siglo XVIII, cuando «hermenéutica» asume diversos matices de significado según las varias escuelas y teorías filosóficas del momento. En la actualidad se distingue entre los dos términos en base a sus respectivos objetivos. Mientras la «exégesis» intenta descubrir y entender lo que el autor quería comunicar a sus contemporáneos, la hermenéutica se propone comprender lo que el texto significa y representa para nosotros hoy. Y esto lo hace teniendo en cuenta nuestro contexto actual y a través de un lenguaje comprensible para el lector y la lectora modernos.

2. Exégesis y hermenéutica en diálogo

En el Sínodo de la Palabra (2008), en el que tuve la suerte de participar en calidad de experta, el cardenal canadiense Marc Ouellet afirmó en una de sus intervenciones que «debido a la presencia de algunas tensiones, es necesario continuar la reflexión sobre cuestiones fundamentales que determinan el modo de leer la Escritura, de interpretarla y de utilizarla provechosamente para la vida y la misión de la Iglesia».⁸ Las respuestas de los padres sinodales a esta solicitud fueron ciertamente muy variadas. Algunos acentuaron la importancia del Magisterio, otros acusaron a la exégesis histórico-crítica de crear confusión entre los fieles y también hubo quien fue aplaudido calurosamente por el sector de los expertos por reconocer las válidas aportaciones del método histórico-

⁷ Cf. *Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 22001, tomo II, 1201.

⁸ Sobre esta cuestión, cf. N. CALDUCH-BENAGES, «Exégesis, teología y hermenéutica bíblica en la “Verbum Domini”», *Phase* 51, núm. 302 (marzo/abril 2011) 109-121.

crítico y el arduo trabajo de los exegetas muchas veces incomprendido y criticado (¡casi nos levantamos de las sillas para ovacionarlo!).

La misma actitud aflora en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, cuando, citando el documento de la Pontificia Comisión Bíblica *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Benedicto XVI recuerda que «los exegetas católicos no deben olvidar nunca que lo que interpretan es la Palabra de Dios. Su tarea no termina con la distinción de las fuentes, la definición de formas o la explicación de los procedimientos literarios. La meta de su trabajo se alcanza cuando aclaran el significado del texto bíblico como Palabra actual de Dios» (VD 33).

A mi juicio, la polaridad «proceso exegético y hermenéutica creyente» no hay que entenderla como contraposición (en el Sínodo se utilizaron términos como «divorcio» y «dicotomía») sino como una relación recíproca y dialogante, en continuo movimiento y con oscilaciones hacia un lado y hacia otro según el devenir histórico. La exégesis de la Sagrada Escritura, rigurosamente histórica y literaria, se realiza con frecuencia en el contexto de un horizonte de fe que implica una comprensión eclesial de la Biblia y de sus textos, sea en el presente sea en la historia pasada. En cuanto a la hermenéutica creyente, ésta se realiza muy a menudo utilizando metodologías que se aplican de forma sistemática y acompañadas de una profunda reflexión crítica. Con todo, en los dos ambientes no es raro encontrar posiciones contrapuestas, que se han agudizado en los últimos años.

Si, por un lado, es verdad que una exégesis excesivamente técnica resulta incomprensible para la mayoría de los cristianos (los principales destinatarios de la Biblia); por otro, también es verdad que una exégesis excesivamente simple o superficial no solo no contribuye a alimentar la fe cristiana sino que favorece una lectura fundamentalista de la Escritura. Además, como en cierta ocasión me comentó Jean Louis Ska, biblista de fama internacional, “no todos los exegetas pueden ser buenos especialistas y buenos divulgadores a la vez”. Hay que

trabajar en equipo. Los pastores, predicadores, maestros, pastoralistas y catequistas deben formarse bien y consultar los trabajos de los exegetas. Estos, a su vez, no deben olvidar su pertenencia a una comunidad creyente en la que están llamados a dar testimonio de su fe. Unos y otros, con distintos cometidos, están al servicio de la fe del pueblo de Dios.

3. El proceso interpretativo

Vamos a intentar presentar el proceso interpretativo de forma sencilla, poniendo nuestra atención en la relación entre el momento exegético y aquel hermenéutico. Imaginemos la situación. Hemos decidido estudiar, por un motivo u otro, un determinado texto bíblico. El texto nos atrae, deseamos conocerlo a fondo y captar su significado ¿Qué hacer? ¿Por donde empezar? Ante todo hay que establecer contacto con ese texto, acercarnos sin prisas, dialogar con él y hacerle preguntas. Cuatro son las preguntas principales que requiere la situación descrita: ¿qué dice objetivamente el texto?, ¿cómo lo dice?, ¿en qué contexto histórico lo dice? y, por último, ¿qué mensaje me comunica a mí hoy? Es evidente que a un lector creyente lo que en realidad le interesa es llegar a la última pregunta, porque su deseo se sitúa en la esfera de la fe. No quiere sino iluminar su vida con la Palabra de Dios. Ahora bien, llegar a la cuarta pregunta sin antes pasar por las otras tres es una forma incorrecta de acercarse al texto bíblico. Saltarse las tres primeras preguntas es reducir el proceso a la meta deseada y, por consiguiente, anular el itinerario que a ella conduce. En fondo, esta valoración excesiva del objetivo final va en detrimento de cada una de las etapas previas. En otras palabras, significa que no se las considera importantes ni mucho menos necesarias para la comprensión del texto.

Si analizamos detenidamente cada una de las preguntas, nos damos cuenta de la complejidad del proceso, pues las cuatro pertenecen a niveles distintos y requieren, por tanto, metodologías distintas. En las tres primeras, el texto aparece como un objeto situado ante nosotros, un objeto que vamos a analizar en

todos sus aspectos materiales y formales. Nuestra relación con él es de carácter científico, es decir el texto es nuestro objeto de estudio, está fuera de nosotros y no interactúa con nuestra vida. Cabe notar que las tres primeras preguntas son muy distintas entre ellas. La primera se coloca al nivel de la literalidad del texto, por lo que requiere una crítica textual; la segunda hace referencia a la forma en que el texto expresa su contenido, por lo que requiere un análisis literario; y la tercera se concentra en la época de los hechos narrados, por lo que requiere una crítica histórica.⁹ Todos los pasos indicados hasta aquí apuntan a la comprensión del texto. Se trata de entender lo que el texto dice, de qué manera lo dice y cuál es su contexto histórico, para poder explicarlo con nuestras palabras.

La última pregunta, en cambio, se distingue de las anteriores porque elimina la distancia entre lector y texto. Este deja de ser un objeto de análisis para convertirse en parte del lector. El texto entra en el lector y el lector entra en el texto, de tal manera que el proceso interpretativo pasa de la comprensión del texto a la actualización del mismo. Se establece una línea directa entre texto y lector, ambos se convierten en sujetos dialogantes y el resultado es una comunicación dinámica, vital y enriquecedora que, en realidad, está presente en todo el proceso, desde el principio hasta el final. El texto (antiguo) adquiere una tal fuerza que incide en la vida del lector (moderno). Pasamos, pues, de la exégesis a la hermenéutica. Así se expresa el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*:

Se trata de franquear la distancia entre el tiempo de los autores y los primeros destinatarios de los textos bíblicos, y nuestra época contemporánea, para poder actualizar correctamente el mensaje de los textos y nutrir la vida de fe de los cristianos. Toda exégesis de los textos debe ser completada por una 'hermenéutica' en el sentido reciente del término (II.A.2).

Según el cardenal Prosper Grech, profesor emérito de Hermenéutica en el

⁹ Cf. el documento de la PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, en su apartado sobre el método histórico-crítico (I.A) y los siguientes artículos de Jean Louis SKA, «Les vertus de la méthode historico-critique», *Nouvelle Revue Théologique* 131 (2009) 705-727 y «Note sul metodo storico-critico in esegesi», *Civiltà Cattolica* 161 (2010) 381-389.

Pontificio Instituto Bíblico de Roma, tres factores hermenéuticos inciden en esta última etapa del proceso: primero, el cambio de las circunstancias históricas y la acción histórico-salvífica de Dios que provocan una relectura del texto; segundo, la maduración de la comunidad que lee el texto y que asume en cierta manera su paternidad; tercero, la iluminación del Espíritu que motiva un entendimiento más profundo del texto mediante los diversos carismas que continuamente derrama sobre su Iglesia.¹⁰ De este modo, historia, maduración y carisma forman un triángulo hermenéutico que absorbe al texto bíblico y hace que se reencarne en el lenguaje del tiempo y del lugar donde es nuevamente leído.¹¹ El proceso interpretativo apenas descrito se pone en marcha una y otra vez, continuamente, es decir cada vez que leemos el texto. Por eso, la Sagrada Escritura está abierta a múltiples actualizaciones, porque sigue hablando a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. Según *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*:

El conocimiento bíblico no debe detenerse en el lenguaje, sino alcanzar la realidad de la cual habla el texto. El lenguaje religioso de la Biblia es un lenguaje simbólico que «da qué pensar», un lenguaje del cual no se termina de descubrir las riquezas de sentido, un lenguaje que procura alcanzar una realidad trascendente y que, al mismo tiempo, despierta a la persona humana a la dimensión profunda de su ser (II.A.1).

4. De la exégesis a la hermenéutica

No pudiendo detenernos, por obvias razones de tiempo, en cada uno de las etapas del proceso interpretativo, vamos a concentrarnos en la última. En ella se pasa, como ya antes hemos apuntado, de la comprensión del texto a la actualización del mismo, o lo que es lo mismo, de la exégesis a la hermenéutica. Después de haber analizado y estudiado un determinado pasaje bíblico a nivel textual, literario e histórico, ahora nos preguntamos por el sentido que esas palabras tienen para nosotros, lectores actuales que vivimos en una situación muy distinta de aquella descrita en la Escritura. ¿De qué manera incide el texto bíblico en nuestra historia personal o comunitaria? ¿Nos dejamos iluminar y

¹⁰ Cf. *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*: «Con el crecimiento de la vida en el Espíritu, aumenta en el lector la comprensión de las realidades de las cuales habla el texto bíblico» (II.A.2).

¹¹ Cf. P. GRECH, «Hermenéutica», en o. c., 759-760.

transformar por su Palabra? Para ilustrar el paso del texto a la vida, la *lectio divina*, también llamada lectura orante o creyente, podría sernos de gran ayuda.¹²

Por eso, terminamos nuestra presentación con una breve *lectio* sobre Jer 26,1-6, un texto donde la actitud de escucha –y por contraste de rechazo– de la Palabra de Dios constituye el eje central alrededor del cual gira toda la narración. Basta notar que en solo seis versículos el verbo «escuchar» se repite cuatro veces.

a) Profeta contra profeta (Jer 26–29)

Con los capítulos 26–29 inicia la segunda parte del libro de Jeremías, a menudo considerada como la biografía de un profeta perseguido. De hecho, estos capítulos presentan algunos episodios de la persecución de Jeremías por parte de los falsos profetas (los profetas de *shalom*), es decir de aquellos colegas-adversarios que anunciaban un mensaje completamente diferente del suyo. Si Jeremías exhortaba al pueblo a someterse al yugo de Babilonia, ellos en cambio prometían a todos victoria y prosperidad inmediatas si continuaban la lucha contra Babilonia. En resumen, Jer 26–29 refleja muy bien el conflicto entre profetas («profeta contra profeta»), un tema característico, si bien no exclusivo, del libro de Jeremías.

b) Discurso en el templo (Jer 26,1-24)

Jer 26 narra las consecuencias del discurso que Jeremías pronunció en el templo de Jerusalén por orden de Dios. Después de una breve síntesis del discurso (26,1-6),¹³ el narrador nos cuenta cómo los sacerdotes y profetas acusan al profeta de blasfemar contra el Templo y de anunciar la destrucción de Jerusalén (26,7-11). La autodefensa de Jeremías (26,12-15) se reduce esencialmente a una repetición de la frase «El Señor me ha mandado». Esta respuesta de Jeremías, aun siendo jurídicamente débil, logra convencer a los

¹² N. CALDUCH-BENAGES, *Saboreando la Palabra. Sobre la lectura orante o creyente (lectio divina)* (El mundo de la Biblia. «Horizontes» 11), Estella, Verbo Divino 2012.

¹³ El discurso completo se encuentra en Jer 7,1–8,3.

jefes y al pueblo. Tanto es así que todos se manifiestan ante los sacerdotes y los profetas en su favor: el hecho de anunciar un mensaje de Dios no le hace merecedor de la muerte. Algunos ancianos del pueblo proponen la absolución de Jeremías (26,16-19) con un argumento basado en un precedente histórico, es decir un mensaje análogo pronunciado por el profeta Miqueas en tiempos del rey Ezequías (cf. Mi 3,12). Los acusadores, los sacerdotes y los profetas se retiran de la escena porque evidentemente no pueden responder a estos argumentos. En esta ocasión Jeremías se salva, pero para subrayar la gravedad del peligro, el narrador cuenta la historia de otro profeta, Urías, que en aquel tiempo profetizó «con palabras parecidas a las de Jeremías» y, a pesar de sus intentos de fuga, acabó siendo ajusticiado (26,20-24).

c) Breve síntesis del discurso (Jer 26,1-6)

En el primer año del rey Joaquín (609/08), el Señor manda a Jeremías al templo de Jerusalén para denunciar al pueblo y al mismo tiempo exhortarlo a la conversión, y de este modo evitar la inminente destrucción del templo y de la ciudad (vv. 1-3). El discurso tiene lugar en el Templo, o quizás en el atrio, probablemente en ocasión de alguna fiesta a la que acudía mucha gente de otras localidades de Judá. Parece que se trata de un discurso muy importante, ya que el Señor dice a Jeremías que no omita ni una sola palabra. En efecto, el tema abordado es candente para todos: para los sacerdotes, para los falsos profetas y para el pueblo y, por consiguiente, muy peligroso para Jeremías. He aquí el texto:

¹Al comienzo del reinado de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, recibió Jeremías esta palabra de parte del Señor. ²Esto dice el Señor: «Ponte en el atrio del templo y, cuando los ciudadanos de Judá entren en él para adorar, les repites a todos las palabras que yo te mande decirles; no dejes ni una sola. ³A ver si *escuchan* y se convierte cada cual de su mala conducta, y así me arrepentiré yo del mal que tengo pensado hacerles a causa de sus malas acciones».

⁴Les dirás: «Esto dice el Señor: “Si no *me escucháis* y no camináis según la ley que os promulgué, ⁵si no *escucháis* las palabras de mis siervos los profetas, que os he enviado sin cesar, pero que vosotros no *habéis escuchado*, ⁶trataré a este templo

como al de Siló, y haré de esta ciudad fórmula de bendición para todos los pueblos de la tierra”».

Desde el comienzo de su historia el pueblo elegido siempre ha sido libre de seguir al Señor o de escoger otro camino. A Israel nunca se le obligó a seguir las vías del Señor y a observar sus preceptos; al contrario, siempre ha tenido la libertad de decidir sobre su destino. Por este motivo, en nuestro texto, el Señor no da por descontado una reacción favorable del pueblo a las palabras de Jeremías. «A ver si te escuchan» (v. 3), advierte el Señor al profeta. De todos modos, esta advertencia es más bien positiva. De hecho, el texto subraya, por una parte, la libertad del ser humano y, por otra, la disponibilidad de Dios, cuya acción está condicionada por la respuesta libre y consciente de aquél. Así pues, si el pueblo escuchara las palabras del profeta y cesara de hacer el mal, el Señor retirará su castigo.

En los vv. 4-6 el Señor comunica a Jeremías lo que deberá decir al pueblo. En realidad, estos versículos son una breve síntesis del discurso del cap. 7, al que antes nos hemos referido. En particular se menciona la suerte de Siló, antigua sede del arca de la Alianza y del culto durante la época de los Jueces, totalmente en ruinas. Ahora bien, a nosotros nos interesa sobre todo el modo con que el Señor se dirige al pueblo y, más concretamente, la insistencia en la escucha o rechazo de sus palabras. «Escuchar» está en paralelo con «caminar según la Ley», expresión que significa cumplir los mandamientos que el Señor dio a Moisés en el monte Sinaí. Escuchar al Señor no es, pues, algo abstracto y sin conexión con la vida. Al contrario, se traduce concretamente en la observancia de la Ley. La Ley indica una actitud, una línea de comportamiento, un camino en clave de Alianza que conduce a la vida y a la felicidad (cf. Dt 30,15-16; Sal 119,32). Y éste es precisamente el camino que Israel no ha querido escoger. El pueblo no ha escuchado ni al Señor ni a los profetas mensajeros de su palabra. Dos veces repite el Señor que el pueblo no ha querido escuchar el mensaje de sus enviados. Por lo tanto, Jeremías no es ni el primero ni el último profeta

destinado a sufrir la hostilidad de su pueblo. Este sufrimiento es inherente a la misión del profeta, a menudo incomprendido, amenazado y perseguido a causa de sus palabras incómodas.

d) Del texto a la vida

«Escuchar la Palabra de Dios». Los profetas de la Biblia han sido personas carismáticas que han recibido del Señor el don de la profecía. Gracias a la vocación cristiana también nosotros somos partícipes de este don. Cada uno es responsable no solo de la propia misión profética sino también de la misión profética de la familia, grupo, parroquia o comunidad a la que pertenece. Los cristianos no hemos sido llamados a anunciar nuestras propias ideas ni a difundir nuestra visión personal del mundo y de la vida (cf. los falsos profetas en tiempo de Jeremías), sino a anunciar la Palabra de Dios en medio del pueblo, cada uno a su manera, con sus carismas y según sus circunstancias. Ahora bien, sea cual sea la modalidad del anuncio, para poder transmitir la Palabra de Dios a los demás, primero hay que escucharla, estudiarla y meditarla en el corazón, en un ambiente de oración. Se trata de escuchar aquello que Dios quiere de cada uno para poder responder con generosidad a su petición. Hay que estar siempre dispuestos a escuchar su Palabra. En otras palabras, la Palabra que Dios nos comunica personalmente tendría que ser el punto de referencia principal de nuestra vida.

«Escuchar a los profetas». Dios nos habla en modos diversos, en circunstancias diversas, y por medio de instrumentos y mensajeros diversos. En efecto, hay que estar muy atentos para captar todos los mensajes que nos llegan del mundo, de la historia, de la naturaleza, de lo cotidiano, de los demás, de los nuestros e incluso de los que sentimos lejanos. Dios nos habla por medio de ellos. Son sus profetas. A veces los mensajes son estrepitosos porque se proclaman con voz potente y se oyen por doquier, a veces en cambio son casi imperceptibles y se esconden bajo falsas apariencias de perfecta observancia y piedad. A veces los mensajes son un grito de dolor, una tierra que se resquebraja, una súplica en la necesidad, un árbol que cae, una petición de

ayuda, una enfermedad inesperada, una crisis que ahoga, una responsabilidad imprevista, una lágrima que corre veloz, una mirada furtiva, un corazón destrozado, la monotonía de la vida cotidiana... Ningún mensaje y ningún mensajero deberían dejarnos indiferentes, porque nada ni nadie es indiferente a Dios.

«Escuchar el corazón». Dios ha formado el corazón del ser humano, lo conoce, lo escruta y consigue penetrarlo en su profundidad inalcanzable para el mismo ser humano. Y a menudo lo pone a prueba para educarlo, para orientarlo y guiarlo hacia la conversión. El corazón, pues, merece toda nuestra atención porque en él se fragua la calidad de nuestras relaciones con Dios y los demás. Dicho de otra manera, hay que escuchar siempre el corazón. Con palabras de Enzo Bianchi: «La referencia al corazón pone en evidencia cuán necesaria es la unidad del ser humano en su relación con el Señor, la sinceridad en su adoración, la autenticidad en su adhesión y la totalidad en su dedicación y amor».¹⁴

¿Somos los cristianos hombres y mujeres capaces de escuchar? ¿Sabemos escuchar la Palabra de Dios? ¿Y la de sus profetas? ¿Estamos atentos a sus mensajes? ¿Solemos escuchar lo que nos dice el corazón?

5. A modo de conclusión

Llegados al final de nuestro recorrido queremos expresar un deseo que podría resumirse así: deseamos que nuestra reflexión anime a los lectores a acercarse cada vez más a la Biblia y a responder a las cuatro preguntas que hemos formulado al inicio; que les estimule a recorrer todas y cada una de las etapas del proceso interpretativo; que les impulse a buscar la ayuda de los expertos, a mejorar y poner al día su formación bíblica; que suscite en ellos una auténtica sed de la Palabra y que, en definitiva, se dejen transformar por su mensaje liberador.

¹⁴ E. BIANCHI, «Cuore», en *Temí di Teologia Biblica*, o. c. 291 (traducción nuestra).

Convencidos de que exégesis y hermenéutica, ciencia y fe, estudio y oración no se contraponen sino que se enriquecen mutuamente contribuyendo a la unidad del proceso interpretativo, terminamos citando una vez más el documento *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia* que en el año pasado (2018) celebró su 25 aniversario.

Aunque la interpretación de la Biblia sea tarea particular de los exégetas, no les pertenece, sin embargo, como monopolio, ya que comporta, en la Iglesia, aspectos que van más allá del análisis científico de los textos. La Iglesia, en efecto, no considera la Biblia simplemente como un conjunto de documentos históricos concernientes a sus orígenes. Ella la acoge como Palabra de Dios que se dirige a ella y al mundo entero, en el tiempo presente.

Esta convicción de fe tiene como consecuencia la práctica de la actualización y de la inculturación del mensaje bíblico, así como los diversos modos de utilización de los textos inspirados, en la liturgia, la «Lectio divina», el ministerio pastoral, y el movimiento ecuménico (Introducción al punto IV).